

ELVIRA RÓDENAS *

**THOMAS MERTON:
PEREGRINO EN BUSCA DE VIDA
INTERIOR ****

Fecha de recepción: septiembre 2008.

Fecha de aceptación y versión final: octubre 2008.

RESUMEN: Thomas Merton después de una vida disoluta tuvo un proceso de conversión que le llevó a ser un monje cisterciense. Fue un peregrino en busca de la vida interior que describe en sus libros. Este trabajo quiere ser una síntesis sistemática de su espiritualidad y su proyecto de vida interior. Se ha dividido en seis apartados y un apéndice: 1. TM un monje para el mundo. 2. El hombre, un ser para el amor: libertad y agonía en busca de sentido. 3. Cristo redentor por obra del Espíritu Santo. Cristo Mediador. 4. La vida interior. 5. El encuentro con Dios y nuestra respuesta. 6. Vida cristiana y oración: la contemplación cima de la vida espiritual. El Epílogo: últimos días en la vida de TM, da idea de su peregrinaje en busca de vida interior hasta el final de su vida, y de su dimensión ecuménica y de apertura al resto de las religiones. Se habla: de las características del hombre moderno, amor, libertad y agonía, de su pecado, felicidad y dolor, identidad y santidad; de Cristo nuestro mediador; del hombre fragmentado: el hombre interior y

* Licenciada en Teología. elviraodenas@telefonica.net

** Este artículo tiene como base mi trabajo de Tesis de Licenciatura en Teología Espiritual, tesina, presentado en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, en junio de 2005, bajo la dirección del Prof. José García de Castro. Sin él este trabajo nunca se hubiera escrito. En sus clases conocí y nació en mí el deseo de estudiar a este autor, y luego tuvo la ardua tarea de dirigir y corregir el trabajo de tesina. También quiero agradecerle sus sugerencias sobre el texto que aquí se presenta.

su despertar a través de la soledad, la renuncia y la pureza de corazón; del encuentro con Dios y nuestra respuesta de fe, esperanza y caridad, del rostro del «otro»; de la voluntad de Dios en nuestras vidas; de la oración en la vida cristiana cuya cima es la contemplación, en la que se distingue la oración mental y la contemplación activa de la contemplación mística o pasiva.

PALABRAS CLAVE: espiritualidad, monarquismo, mística, oración, ecumenismo.

Thomas Merton: a pilgrim in search of inner life

ABSTRACT: Thomas Merton after a dissipated life went through a change leading to him converting and becoming a cistercian monk. His life was an authentic pilgrimage in search of the inner life described in his writings. This paper aims to present a systematic synthesis of TM's spirituality and inner life; it has been structured in six paragraphs and an appendix: 1. TM a monk for the entire world. 2. The human being, a creature for love: freedom and agony in search of the sense of life. 3. The inner life. 4. The encounter with God and our response. 5. Christian life and prayer: contemplation, the pinnacle of the spiritual life. The appendix is devoted to his very last days in Asia, describing his pilgrimage as well as his ecumenical dimension and aperture to the rest of religions. The paper addresses the following topics: the characteristics of the modern human being: love, freedom and agony, sin, pain and happiness, identity and holiness; Jesus Christ our mediator with God; the fragmented man: the inner man and his awakening through solitude, renunciation and pureness of heart; the encounter with God and our response from faith, hope and mercy, the face of the «others»; God's will in our life; prayer in Christian life whose pinnacle is contemplation, differentiating mental prayer and active contemplation from mystic or passive contemplation.

KEY WORDS: spirituality, monarquism, mysticism, prayer, ecumenism.

1. THOMAS MERTON, UN MONJE PARA EL MUNDO

TM fue una persona con una vida intensa de conocimiento del mundo, que sin raíces católicas llegó a ser monje trapense después de un proceso de conversión en el que influyeron sus propias experiencias, profesores, amigos y lecturas. Entró en la Trapa para ser contemplativo y vivir en Dios en *soledad* y *silencio*, pero una vez allí comprendió que se puede ser contemplativo y estar en perfecta *unión* con la vida del mundo, y así escribió sobre los problemas políticos, sociales y de diálogo interreligioso de su tiempo. Conocía bien el griego, el latín, el francés, el español y el inglés y tuvo un fácil acceso tanto a los escritos de los Padres de la Iglesia y místicos, como a los escritores de su época. Sus superiores le ani-

maron siempre a escribir para que el mundo «amara la vida espiritual»¹, y en sus libros, fruto de su experiencia de vida, reflexiona sobre el camino espiritual hacia Dios, cuya cumbre, para todos los cristianos y hombres religiosos, es la *contemplación*. Según el arzobispo J. Jadot, TM «no es un gran pensador o filósofo, sino alguien con intuiciones, sentimientos, y una gran capacidad de ver hacia dónde caminar en un tiempo de confusión. Se le recordará en la historia de la espiritualidad, no como el hombre que abrió nuevos caminos, sino como alguien que volvió a abrir *viejos caminos* que habíamos olvidado. Tuvo la habilidad de hablar en términos nuevos sobre temas, actitudes y valores que eran corrientes hace mil o mil quinientos años»².

De su estancia en el monasterio tenemos que resaltar su gusto y deseo de soledad. Escribe que cuando por algún problema tenía que ir a la enfermería, en aquella celda, aislado, se sentía otra persona, «estaba cerca de Dios y no tenía otra cosa que hacer que abandonarse en Él, reposar en Él y amarle, y consideraba que el silencio y la soledad son los lujos supremos de la vida»³. TM fue nombrado maestro de teología de los novicios y tenía miedo de que las clases le hicieran salir de su soledad; sin embargo, le introdujeron en la «auténtica soledad»: *la compasión* por los otros. Incluso dice TM que «ya no tenía vida espiritual, se había convertido en la indigencia, el silencio, la pobreza y la soledad, porque había renunciado a la espiritualidad para encontrar a Dios, que predicaba en el interior de su indigencia», y añade a continuación: «muero de amor por ti compasión... me caso contigo reina de los ermitaños y madre de los pobres»⁴.

En las calles de Louisville TM fue consciente de que en su soledad amaba a todos aquellos hombres y mujeres con los que se cruzaba. Escribe: «En medio del barrio comercial me abrumó comprender que amaba a toda esa gente, que todos eran míos y yo de ellos... aunque nos desco-

¹ T. MERTON, *El signo de Jonás*, Éxito, Barcelona 1954, 105, diario de TM entre 1946-1952, traducción del original *The Sign of Jonas*, 1952, trad. Julio Fernández Yáñez. SgJ1. Este mismo libro, con la misma traducción, ha sido nuevamente editado: *El signo de Jonás. Diarios 1946-1952*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007, revisado por Ramón Alfonso Díez Aragón. SgJ2, 139. La cita de TM es del 4 de agosto de 1948.

² Recogido por RE. DAGGY, director del «Thomas Merton Studies Center», Bellarmine College, Louisville, KY, USA, en *El fuego de los dioses: una reflexión sobre el desarrollo espiritual e intelectual de TM*, Cistercium, 197 (1994) 393-404.

³ SgJ1, 90, SgJ2, 121, 19 de marzo de 1948.

⁴ SgJ1, 292, SgJ2, 374-375, 29 de noviembre de 1951.

nociéramos por completo. Era como despertar de un sueño de separación, de falso aislamiento en un mundo especial, el mundo de la renuncia y la supuesta santidad... No por hacer votos llegamos a ser una especie diferente de seres... hombres de vida interior..., aunque fuera del mundo estamos en el mismo mundo que los demás, el mundo de las bombas, la tecnología, los grandes negocios... Es un glorioso destino ser miembro de la raza humana... miembro de la raza en la que se encarnó el propio Dios. ¡Cómo si las tristezas y estupideces de la condición humana me pudieran abrumar, ahora que me doy cuenta de lo que somos...! Esto no quita valor a mi soledad, pues es función de la soledad que uno se dé cuenta de tales cosas, con una claridad imposible para los que llevan una existencia apretadamente colectiva... Mi soledad no sólo es mía, ahora veo cuanto les pertenece a ellos; tengo una responsabilidad en atención a ellos. Por estar unido a ellos les debo el estar solo...⁵. Y a partir de entonces se abrió a gentes de todo el mundo a través de la correspondencia.

Además, TM fue un hombre ecuménico preocupado por la unión de las Iglesias cristianas y en diálogo con el resto de las religiones. Escribe: «Si puedo unir en mí mismo, en mi propia vida espiritual el cristianismo y la devoción del pensamiento de oriente y occidente, de los Padres griegos y latinos, de los místicos rusos y españoles, puedo preparar en mí mismo la reunificación de la Iglesia dividida. De esa unión secreta e inexpressada que hay en mí mismo puede acabar por salir una unidad visible, y manifiesta de todos los cristianos. Porque si queremos que oriente y occidente alcancen la unidad, no lo conseguiremos si una de las partes se impone sobre la otra. Hemos de dar cabida a todos los mundos divididos dentro de nosotros mismos, y trascenderlos en Cristo⁶.

TM describe su doctrina espiritual en sus libros, diarios, cartas, desde el monasterio Sta. María de Getsemaní en Kentucky, siendo monje trapense. Su doctrina no es pura especulación, sino fruto de su experiencia de vida, y TM fue ante todo un monje que pasó muchas horas de su vida en reflexión y oración⁷, y esto se refleja en su obra. Dios llamó a la puerta de TM a lo largo de toda su vida, igual que nos llama a cada uno de

⁵ T. MERTON, *Diarios (1939-1960)*, Oniro, Barcelona, trad. Isidro Arias, 1999, 178, 19 de marzo de 1958. DI; T. MERTON, *Conjeturas de un espectador culpable*, Pomaire, Barcelona, trad. José M.^a Valverde, 1966, 148, del original *Conjectures of a Guilty Bystander*, 1965, CEC.

⁶ DI, 167-168, 28 de abril de 1957; CEC, 22.

⁷ J. FOREST, *Vivir con sabiduría*, PPC, Madrid 1997, 11.

nosotros, y TM nos ofrece unas claves para nuestra respuesta, y nuestra vida interior, que nos lleve a «cenar» y a la unión con Él⁸, lo que tratamos de exponer en este estudio, pues recuerda TM que: «¡Hay tantos cristianos que no aprecian la dignidad grandiosa de su vocación a la santidad, al conocimiento, al amor y al servicio de Dios! ¡Hay tantos cristianos que no se han dado cuenta de las grandes posibilidades de la vida de perfección cristiana, posibilidades de gozar de Su conocimiento, de Su amor! ¡Hay tantos cristianos que prácticamente no tienen idea del inmenso amor de Dios hacia ellos, y del poder de ese amor para hacerlos buenos y traerles a la felicidad!»⁹. TM nos ha dejado descrito cómo debe ser el *camino a Dios* que es también el camino que lleva a los hombres y mujeres a conocerse a sí mismos y a ser auténticamente eso, hombres y mujeres¹⁰.

Por todo esto, en este trabajo se hace un estudio de la vida espiritual del hombre, cuya cima es la contemplación, que TM propone para llegar a la unión con Dios. Previamente se describen, de forma sucinta, las ideas antropológicas de TM, el hombre y su sentido.

2. EL HOMBRE UN SER PARA EL AMOR: LIBERTAD Y AGONÍA EN BUSCA DE SENTIDO

TODO O NADA

Según TM, una de las características del ser del hombre es el combate entre la vida y la muerte que tiene lugar dentro de nosotros. Desde que nacemos vivimos y morimos al mismo tiempo, y cuando el hombre penetra dentro de sí y es consciente de ello, entra en un estado de agonía en el que se mueve entre el ser y la nada. La respuesta que dé el hombre a este problema, no tiende a resolver un problema religioso, o a la con-

⁸ Creo que explica bien la espiritualidad de TM el texto del Apocalipsis: «Dice el Amén... mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

⁹ T. MERTON, *La senda de la contemplación*, Rialp, Madrid, 1958, 87, traducido por Antonio Uglade y Mariano del Pozo, que contiene los escritos de TM: *La renuncia y el Cristianismo, Una vida de oración equilibrada, ¿Qué es la contemplación?, Poesía y oración contemplativa*, escritos a partir de 1948, Senda.

¹⁰ A lo largo del texto vamos a utilizar la palabra «hombre», de marcado carácter antropológico-teológico, para referimos tanto al hombre como a la mujer sin separación de género.

quista de la paz mental, sino que va mucho más allá. El desenlace depende de nuestra elección entre la vida o la muerte, y el problema es si podemos elegir la vida, cuando dentro de nosotros nos debatimos entre el ser y el no ser. El hombre, con sus propias fuerzas, no encuentra una solución a esta agonía, y así desemboca en la desesperación o el engaño. En estas condiciones la *esperanza* es un don de Dios, lo mismo que es la vida; vivimos por un don de Dios y por ese mismo don, el hombre tiene esperanza cuando ha llegado a toda desesperanza. Una esperanza cristiana de lo que no se ve, que no es sino *comuni3n* en la *agonía de Cristo*, que se despoj3 de todo y fue obediente al Padre, hasta la muerte. Con la resurrecci3n de Cristo, el Se1or ha vencido a la muerte, y por esta resurrecci3n el hombre tambi3n ser3 resucitado en cuerpos espiritualizados, en una creaci3n nueva. Y el hombre solamente est3 aut3nticamente vivo, cuando toma plena conciencia del significado real de su existencia, y de que su realizaci3n final o su destrucci3n dependen de su capacidad para decidir por s3 mismo. Y 3ste es el comienzo de la vida verdadera, una vida que pasa por aceptar la misericordia de Dios que nos perdona todas nuestras faltas y nos salva. El poder3o real del hombre est3 oculto en esa agonía que le hace clamar a Dios, es entonces alguien indefenso pero al mismo tiempo omnipotente, pues «puede hacerlo todo en el Invisible que lo fortalece» (Sal 17). La vida verdadera no es la subsistencia vegetativa, ni la animalidad autoafirmativa o autogratificante, es la libertad que mediante el amor trasciende el yo para existir en el Otro ¹¹.

En este sentido habla TM de la «teología prometeica». Existe, afirma, un misticismo prometeico basado en el combate con los dioses, para aquellos que no conocen al Dios Vivo. Prometeo, seg3n la versi3n de Hes3odo, rob3 el fuego de los dioses y ellos le castigaron. Prometeo es la imagen de la situaci3n psicol3gica del hombre: culpable, inseguro de s3 mismo, de sus dones y de su fortaleza, rebelde, frustrado, alienado, pero tratando siempre de hacer valer sus derechos. Ve la lucha entre la vida y la muerte desde una perspectiva err3nea, su visi3n es de derrota y desesperaci3n: la vida no puede vencer a la muerte, pues los dioses tienen todo el poder en sus manos. Y la teología se vuelve prometeica cuando no se cree en la misericordia de Dios, y esta presunci3n va acompa1ada de la creencia de que la perfecci3n es algo ajeno a Dios, como robarle fuego a

¹¹ T. MERTON, *El hombre nuevo*, Lumen, Buenos Aires 1998, 9-16, seg3n el libro original *The New Man*, 1961, trad. Miguel Grinberg. HN.

los cielos. Esta espiritualidad concibe que lo importante es la perfección, no Dios. En vez de buscar la realización del cristiano, que se encuentra en Dios, mediante la caridad y el despojamiento de Jesucristo, se rebela contra Dios y trata de invadir el cielo y robar el fuego divino para su propia divinización. Prometeo no quiere la gloria de Dios, sino su propia perfección, había olvidado la tremenda paradoja de que para ser perfecto hay que desprenderse de uno mismo, y olvidar nuestra propia perfección, para seguir a Cristo. Prometeo, para defender su propio «yo», había olvidado a los «otros». Y esto es lo que Pablo vio tan claramente: la salvación pertenece al orden del amor, de la libertad y de la entrega, sólo es nuestra si la recibimos gratuitamente, porque es gratuitamente concedida¹².

Esto es lo que ocurre en nuestros días cuando el hombre prefiere vivir en la muerte antes de aceptar a Dios y su misericordia. Y ésta es la experiencia de vida de TM que nos describe en su narración autobiográfica. Recuerda de la escuela de Oakhan, en Inglaterra, adonde había ido a preparar su entrada en la universidad: «La lobreguez gris de sus noches invernales en la buhardilla, en la que siete u ocho chicos, a la luz del gas, entre cajas de golosinas, ruidosos, ansiosos, mal hablados, riñendo y gritando, bebían y comían patatas, hasta sumirse en el silencio, atontados y asqueados». Allí tuvo que sufrir la enfermedad de su padre, su madre había muerto cuando tenía cinco años, y recuerda cómo se sentía. «Sin hogar, sin familia, sin patria, sin padre, al parecer sin amigos, sin paz interior o confianza o luz o comprensión propia..., sin Dios, sin cielo, sin gracia, sin nada»¹³. De Cambridge recuerda su vida disoluta a la que define como «horrorosa», y describe su idea de «hombre»: «libres por naturaleza, pues a imagen de Dios hemos sido creados, pero prisioneros de nuestra violencia y egoísmo, a imagen del mundo, que entre todos hemos confeccionando. Un mundo que es el retrato del infierno, lleno de hombres que han nacido para amar a Dios, y que sin embargo le aborrecen y viven con temor y desesperadas apetencias antagónicas»¹⁴, en una sociedad que nos llena de embustes y fantasías. En su viaje hacia América en barco, al dejar Europa, TM reflexiona que sólo la infinita *misericordia* de Dios ha impedido que nos despedacemos unos a otros, que aunque los hombres creen

¹² HN, 25-41.

¹³ T. MERTON, *La montaña de los siete círculos*, narración autobiográfica de TM, Porrúa, México 1999, 74-75, trad. Aquilino Tur, según el original *The Seven Storey Mountain*, 1948. MSC.

¹⁴ MSC, 3.

que las guerras prueban la inexistencia de Dios, gracias a que Dios existe, hay hombres y mujeres que superan el mal con el bien, el odio con el amor, la codicia con la caridad, y la lujuria y la crueldad con la santidad¹⁵. Y escribe: «Si amas la auténtica paz, ama a tu prójimo y ama a Dios por encima de todo... si amas la paz odia la injusticia, la tiranía, la avaricia... pero odia estas cosas en ti mismo no en los demás»¹⁶. Según TM no puede haber paz en este mundo si no existe disciplina moral y religiosa, que lleve al hombre a la fe y a la caridad, y tampoco puede haber felicidad si el hombre no tiene *vida interior*.

SER FELIZ A PESAR DEL DOLOR

Durante sus años de juventud, TM había querido despojar al mundo de todos sus placeres y satisfacciones, y no había sido feliz, se había sentido vacío, despojado y desentrañado. Había devorado placeres y alegrías, y sólo había encontrado dolor, angustia y temor. Él mismo se había convertido en una persona vana, egocéntrica, disoluta, débil, sensual, indisciplinada, obscena, orgullosa y egoísta, en la que no había sitio para la caridad; y llegó a la conclusión de que no tenía que censurarse sólo a sí mismo por su desgracia, también a la sociedad en la que vivimos, se sentía un auténtico fruto de su tiempo. Tampoco se sintió *libre*, sus pecados y faltas le esclavizaban con un insufrible dolor, y era consciente de que estaba siendo castigado a arder en las llamas de su propio infierno, a pudrirse en el infierno de su voluntad corrupta. Había conocido el miedo que siempre acompaña a la lujuria y al orgullo, y se preguntaba si es posible la felicidad sin un atisbo de trascendencia, si la única esperanza del hombre es este mundo¹⁷.

Más tarde comprendería que el hombre ha sido creado por Dios por un don de su amor, para alcanzar la auténtica *felicidad* que es compartir la felicidad de Dios, y la perfección de su libertad y de su amor. Dios ha creado al hombre con una naturaleza ordenada a una vida sobrenatural, lo ha creado con un alma para ser perfeccionada por Él, y en un orden infinitamente más allá de los poderes humanos. No estamos destinados

¹⁵ MSC, 130-132.

¹⁶ T. MERTON, *Nuevas semillas de contemplación*, Sal Terrae, Santander 2003, 137, según el original *New Seeds of contemplation*, 1961, trad. María del Carmen Blanco Moreno y Ramón Alfonso Díez Aragón. NSC.

¹⁷ MSC, 165-166.

a una vida natural, sino a una vida sobrenatural por un don gratuito de Dios, y para ello nuestra naturaleza tiene que ser perfeccionada por Su gracia santificante que nos hace partícipes de Su vida, que es amor¹⁸.

El hombre ha sido creado como «hijo de Dios», porque su vida desde el principio compartía el Espíritu de Dios, y esto significa que el hombre estaba destinado a vivir y respirar al unísono con Dios; a ver las cosas como Dios las veía, y a amarlas como Dios las amaba, y a conmoverse ante ellas extasiado por el Espíritu de Dios. El hombre puede entrar en el interior de su ser como si se tratara de un templo de libertad y de luz, y con los ojos del corazón puede permanecer cara a cara con Dios, su Padre, de forma que la cúspide de la vida interior es la *contemplación*, que es la perfección del amor y del conocimiento de Dios. Podemos hablar con Dios y escuchar sus respuestas, y Dios nos dice que no sólo estamos llamados a ser seres humanos, sino que tenemos una vocación más elevada: *ser hijos de Dios*, estamos llamados a ser «dioses», pues «dioses sois» (Jn 10,35) (Sal 81,6). Dios ha creado al hombre con una naturaleza ordenada a una vida sobrenatural. Y esta vocación de ser hijos de Dios significa que debemos aprender a amar como Dios nos ama, pues Dios es amor, y sólo amando como Él ama, llegaremos a ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5,48). Por este amor estamos llamados a transformar y redimir el mundo, y a edificar el Reino de Dios en la tierra¹⁹.

Pero la vida de este mundo está lleno de *dolor*, aunque el dolor, que es lo contrario del placer, no es necesariamente lo contrario de la felicidad o la alegría. No hemos sido creados para el placer, sino para la alegría espiritual, y no conocer la diferencia, significa que no se ha empezado a vivir. El placer es egoísta; sin embargo, la alegría espiritual florece en la expansión de la libertad, y llega a su consumación en el amor desinteresado para el que el hombre ha sido creado. El placer es limitado y es aniquilado por el dolor y el sufrimiento, mientras que la alegría espiritual ignora el sufrimiento, o lo utiliza para purificarse de su mayor obstáculo, el *egoísmo*. El placer puede ser la muerte de la alegría, y quien ha conocido la verdadera alegría a veces desconfía de él. Sin embargo, quien conoce la alegría nunca desconfía del dolor, porque puede servirle para

¹⁸ MSC, 171-172.

¹⁹ HN, 46-47.49; T. MERTON, *Humanismo cristiano. Cuestiones disputadas*, Kairós, Barcelona 2001, 44, del original *Disputed Questions*, 1960, trad. María Tabuyo y Agustín López. CD.

afirmar y gustar la libertad²⁰. Para ello el cristiano no sólo tiene que aceptar el sufrimiento, sino hacerlo santo. Si el sufrimiento es simplemente aceptado con paciencia, no hace nada al alma o quizás pueda endurecerla. El sufrimiento se consagra a Dios por la fe y sólo entonces tiene valor, y sufrir creyendo en Dios es *humildad*. La humildad nos dice que el sufrimiento es un mal que debemos esperar en la vida, a veces a causa del mal que hay en nosotros, pero por la fe sabemos que la *misericordia* de Dios se da a los que le buscan en el sufrimiento, y creen que se puede vencer el mal con el bien por la gracia de Dios. Así, el sufrimiento se convierte en un bien que nos capacita a recibir en abundancia la misericordia de Dios. Y es la Cruz de Cristo la que nos permite la aceptación del sufrimiento y su santificación, pues la Cruz es la fuerza de Dios. Pero la Cruz de Cristo no diría nada del poder del sufrimiento, si no fuera por tratarse de Aquel que venció al sufrimiento y la muerte por Su resurrección. Y sólo puede consagrar sus sufrimientos a Dios, aquel que cree que Jesucristo ha resucitado, y que el sufrimiento y la muerte, con Él, han perdido todo su significado. Conocer la Cruz de Cristo es saber que somos salvados por Sus sufrimientos, es conocer a Cristo y Su amor²¹.

EL AMOR

La mayor dignidad del hombre, su facultad más esencial y peculiar, el secreto más íntimo de su humanidad, es esta *capacidad de amar*. Esta facultad de la profundidad del ser humano, imprime en él la imagen y semejanza de Dios, y es la clave del sentido de nuestra existencia y de nuestra salvación, y de toda la creación. El amor natural permite perpetuar a la humanidad en el tiempo, mientras que la función del amor espiritual es de un alcance mayor: es dar a la persona la posesión de la eternidad. Es la función de edificar el Reino de Dios, un reino espiritual de unidad y de paz, que hace del ser humano, no sólo el ser beneficiario de la creación, sino su centro y su rey espiritual. El amor verdadero nos llena la vida de paz y comodidad, y lleva al hombre a su máxima realización, que no se alcanza por las cosas, sino trascendiéndose a sí mismo para llegar a ser algo superior. Todo amor verdadero es la muerte y resurrección

²⁰ NSC, 265-267.

²¹ T. MERTON, *Los hombres no son islas*, Sudamericana, Buenos Aires 1998, 81-83, según el original *No Man is an Island*, 1955, trad. Gonzalo Meneses Ocón. HNI; NSC, 265-267.

en Cristo, que conlleva que todos nos demos unos a otros y a la Iglesia; que nos perdamos en la voluntad de Cristo y en el bien de los otros, y muramos a nuestros propios intereses para resucitar como otros tantos Cristos. Sin amor el hombre está aislado, separado de los otros y de Dios, de la verdad, la sabiduría y la fortaleza. Mientras que por el amor los hombres y mujeres entramos en contacto con nuestra esencia más profunda, con nuestro propio yo, con los hermanos, y con la sabiduría y el poder de Dios. Un amor que sólo se hace humano a través de Dios, un don que lleva al hombre a su plenitud y perfección, y le da su dimensión divina, pues le hace ser hijo de Dios²².

Dios, además, en su autodeterminación sobrenatural, hizo al hombre capaz de una *libertad* igual que la suya, y para esto el hombre tiene que estar unido al Espíritu Santo, que es el que nos hace libres. El hombre ha sido creado libre de elegir su destino, pero el hombre sólo es auténticamente libre cuando elige el bien por amor. Y como en Dios se encuentra todo bien, perfección y libertad, la auténtica libertad es la sumisión por amor a la voluntad de Dios. Además Dios nos hizo *inteligentes* para que así podamos desarrollar nuestra libertad y nuestra capacidad de amar, y para elevar nuestra mente hasta la búsqueda de la Verdad. Para esto Dios nos da Su gracia, que es Dios mismo dándose a nosotros, y así nos ayuda a superar nuestras limitaciones, deficiencias, y debilidades²³.

Pero el hombre ha sido creado para vivir en sociedad, y es el amor a los otros lo que lleva al hombre a su auténtica realización. Según TM es el amor de los demás lo que nos da la vida, y es por medio de nuestro amor a los otros, como Dios extiende su amor sobre el mundo. Antes de entrar en el monasterio TM reflexiona que si no fuera por su propia vanidad y orgullo, vería claramente que todo lo bueno que había realizado en la vida, no era propiamente suyo, sino algo recibido de Dios a través del amor, de los dones y las oraciones de otras muchas personas. Pensaba que no sólo Cristo había dado Su vida por él, sino todos aquellos que le amaron y se sacrificaron por él sin recompensa ninguna, y a los que incluso había lastimado. Se lamentaba de cómo había aceptado esos dones, como si de un dios se tratara al que se deben sacrificios. Y pensaba que Cristo había sufrido con cada una de esas personas que le amaron, y a las que había respondido con ingratitud y orgullo. Y concluyó que lo único

²² CD, 45-48.

²³ HN, 47-48.37-38.

que nos da vida es el amor de los demás, es lo que nos salva de la condenación, por lo que tenemos que estar agradecidos, y entender esto es lo que nos hace humildes²⁴.

Además, el hombre es un *intermediario* entre Dios y la creación, el sacerdote que le ofrece a Dios todas las cosas sin destruirlas ni dañarlas, llamado a cuidar y labrar el jardín del Edén, y a contribuir por medio de su trabajo a la creación de Dios en el mundo. Y todas las cosas de la creación son nuestras porque son de Dios. Y toda la creación tiene que ser utilizada para dar gloria a Dios, que no es sino para la revelación de Dios al mundo. Adán no necesitaba trabajar en el paraíso, hacía un trabajo desinteresado porque su alma se lo pedía, y de esta forma daba gloria a Dios, y en este trabajo estaba unida la acción con la contemplación. El hombre es un ser para la *contemplación y para la acción*, según el plan de Dios, pues la Luz iluminaba la vida del primer hombre, Adán, que cada tarde conversaba familiarmente con Dios mientras paseaba por el paraíso. Por lo que el lenguaje humano antes de servir para la relación entre los hombres, sirvió para la relación del hombre con Dios, para la contemplación²⁵.

EL PECADO

Pero el hombre pecó, el hombre quiso ser como Dios. Y por este pecado de *orgullo*, esta honda e insaciable necesidad de irrealidad del hombre, Adán perdió su inmortalidad, la contemplación de Dios y su poder sobre sí mismo y sobre la creación. Y todas estas privaciones no son una venganza de un Dios encolerizado, sino las propias que conlleva la actitud del acto de Adán. Adán perdió su inmortalidad porque su vida consistía en su unión con Dios, que era su fuente de vida, y al cortar este contacto, el hombre quedó reducido a la contingencia. El hombre cambió la espontaneidad de una naturaleza ordenada y elevada con los dones de la gracia mística, por las compulsiones, las ansiedades y las debilidades de una voluntad abandonada a sí misma; una voluntad que no hace lo que quiere, sino lo que no quiere (Rm 7,15), odia lo que debería amar, y evita lo que debería procurar con todo su ser. Adán se convirtió en su propio dios, y a él tenía que servir. Las criaturas de la creación se rebelaron contra él, y esto le llevó a la ansiedad, a la inseguridad y al miedo. Y el tra-

²⁴ DI, 48-51.

²⁵ HN 50.64-65.

bajo del hombre se hizo con el sudor de su frente, porque el trabajo que se hace por ambición personal, no es sino una forma de esclavitud²⁶.

El hombre sigue siendo hijo de Dios, pero con la tentación de ser igual a Dios, que le lleva a elegir ser un dios para sí mismo, sin amar a Dios, su Padre, y sin buscar por amor la participación en la vida, el poder, y la sabiduría de Dios. El hombre así se sitúa como el sujeto único del universo, como el centro del mundo, el único que piensa, quiere, desea, disfruta, y manda. Pero el hombre no puede vivir en estas condiciones, sin amor, pues el hombre es un ser para el amor. Y lo más hondo de nuestra conciencia, donde está grabada la imagen de Dios, nos recuerda incesantemente que hemos nacido con una libertad mucho más elevada y para una realización espiritual. El hombre, una naturaleza creada, encuentra que tiene una finalidad sobrenatural y esto hace inevitable la angustia. Para ello nuestra naturaleza tiene que ser perfeccionada por la gracia santificante de Dios, pues sólo por la gracia podremos participar en la vida de Dios que es amor. Y el hombre no descansará hasta reposar en Dios, que para los cristianos es el Dios Vivo, que está por encima de todo concepto²⁷.

Por este pecado de la sociedad, los hombres nacemos con un «yo falso», ilusorio, irreal, y bajo el signo de la contradicción, con deseos egocéntricos de placeres, experiencias, poder, honor, conocimiento, amor. Y así estamos vacíos, y los placeres y ambiciones no tienen sentido y no pueden llenar nuestra vida. La creación es santa y nada de lo que ha sido creado por Dios puede ser un obstáculo para nuestra unión con Él, pero los hombres y mujeres utilizamos las cosas de la creación para adorar a nuestro falso yo, y así las corrompemos y pervertimos²⁸.

IDENTIDAD Y SANTIDAD

Aún en este estado el hombre es consciente de que la vida tiene un *sentido*, aunque no sea fácil de encontrar, y el fin de nuestra vida sea descubrirlo y vivir de acuerdo con él. Según TM la esencia de cada una de las cosas de la creación es su *santidad*, es la huella de la sabiduría y de la santidad de Dios en ellas. No hay dos seres creados que sean exactamente

²⁶ HN, 81-82. 87-89.

²⁷ HN 90-93; MSC, 171.

²⁸ HN, 53; NSC, 43-44.

iguales, y en esta individualidad no existe imperfección, sino que la perfección está en la identidad individual de cada ser. Y cuanto más se asemeja una cosa a sí misma, tanto más se asemeja a Dios, y así Le da gloria. En los seres humanos nuestra santidad es más que nuestra humanidad. Nuestra santidad consiste en ser nosotros mismos, y el problema de la santidad es descubrir cuál es nuestro verdadero ser. Dios nos ha dado libertad para ser lo que queramos: nosotros mismos, verdaderos y reales, o falsos y obligados a llevar una máscara tras otra. Y nuestra vocación no consiste simplemente en ser, sino en *trabajar junto a Dios* en la creación de nuestra vida, nuestra identidad y nuestro destino. Somos seres libres e hijos de Dios y tenemos que participar activamente en la acción creadora de Dios, en nuestra vida y en la de los otros, eligiendo la verdad. Estamos llamados a compartir con Dios la obra de crear la verdad de nuestra propia identidad, que está escondida con Cristo en Dios, en Su amor y Su misericordia, pues sólo Él puede hacer de nosotros lo mejor²⁹.

Para esto tenemos que enfrentarnos a nosotros mismos con nuestras limitaciones, y aceptar a los demás con las suyas. Cada hombre individualmente somos los responsables últimos de nuestra propia vida, nadie va a decirnos cuál es nuestra identidad si nosotros no somos capaces de encontrarla, pero el hombre sólo va a encontrarse a sí mismo por medio de los otros y en los otros, en el encuentro de todos en Cristo en el Espíritu, en el orden sobrenatural. Y para encontrar nuestra identidad tenemos que trabajar en Él y con Él, de una forma que es un secreto, que sólo Dios puede enseñarnos a través de la fe, y será la *contemplación* el don más precioso que nos permita ver y comprender la obra que Dios quiere que hagamos. Sólo identificándonos con Aquel en quien están escondidas la razón y la plenitud de nuestra existencia, encontraremos que nuestra existencia, nuestra paz, nuestra alegría y felicidad, se basan en descubrir lo que somos, descubriendo a Dios. Y esto que parece sencillo no podremos realizarlo por nuestras propias fuerzas, pues sólo Dios puede enseñarnos a encontrarle. Dice TM que en los santos existe una gran coincidencia entre la perfecta humildad y la perfecta integridad. El santo se distingue de los demás hombres por su *humildad*, por ser la persona que es realmente ante Dios³⁰.

²⁹ NSC, 50-56.

³⁰ NSC, 56-57. 114-115; NHI, 11-16.

3. CRISTO NUESTRO REDENTOR POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO. CRISTO MEDIADOR

El hombre por sí mismo no puede recuperar la unión con Dios, y tampoco puede ser feliz sin descansar en Él. Se necesita un Mediador que reúna en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana, para así poder reestablecer en Él la comunión del hombre con Dios. Cristo por el uso perfecto de su libertad en obediencia a la Verdad, ha reintegrado al hombre al orden espiritual, a la comunión original del hombre con Dios, fuente de vida. La victoria de Cristo sobre la muerte ha eliminado la angustia del Adán caído, que somos cada uno de nosotros, y la «nueva vida», la vida en el Espíritu, «la vida en Cristo», es comunicada al espíritu del hombre por el Espíritu Santo, como una consecuencia directa de la resurrección del Señor. Cristo con Su muerte nos libera del pecado y de la muerte, y Su resurrección comunica vida a nuestras almas. Pero para entrar en comunión plena con la vida de Cristo, tenemos que morir con Él para resucitar con Él. En Cristo todos los hombres tenemos que estar unidos formando el Cuerpo Místico de Cristo, cuya cabeza es Cristo. Cristo tuvo que sufrir hasta la muerte en Cruz y todavía sigue sufriendo y trabajando para que cada uno de nosotros nos unamos a Él. Dice Jesús: «Yo he venido para que tengan vida» (Jn 10,10), y la vida que Él vino a darnos es su propia vida³¹.

El cristianismo es más que un sistema ético. Jesús no sólo nos enseña la vida cristiana sino que la crea en nuestras almas por acción del Espíritu Santo, y esto supone una auténtica transformación interna. Aquel que está infinitamente sobre nosotros, también está dentro de nosotros. Y esta trascendencia e inmanencia de Dios, el hombre la experimenta a través de la acción del Espíritu Santo. En la experiencia mística el hombre se percata de la realidad de Dios como el Otro, pero al mismo tiempo inmanentemente presente en Él. Y cuanto más consciente es el hombre de su «otredad», más consciente es de su «mismidad», que lo une a Él. Esta vida en Cristo no es sino una extensión de la vida de Cristo resucitado. Cristo con Su resurrección se ha convertido en el Cristo místico, y como tal nos incluye a todos los que creemos en Él. Resalta TM las palabras del teólogo F. Prat: «El Cristo natural nos redime, el Cristo místico nos santifica; el Cristo natural murió por nosotros, el Cristo místico vive

³¹ HN, 117-119.128-129.

en nosotros; el Cristo natural nos reconcilia con su Padre, el Cristo místico nos unifica con Él»³². Cristo continúa siendo el hijo de María, el Hijo de Dios, y cada uno de nosotros somos la persona que somos, pero Cristo, al vivir dentro de nosotros, es al mismo tiempo, Él mismo y cada uno de nosotros. Mística y espiritualmente Cristo vive en nosotros desde el momento en que nos unimos a Él en Su muerte y resurrección por el bautismo, y por las instancias y episodios de una vida cristiana, y esta unión no es un vínculo moral, o unión de voluntades, ni tampoco un nexo psicológico. Cristo de una forma mística identifica a sus miembros consigo mismo al darles su Espíritu. Y es el Espíritu el que purifica la imagen de Dios en nuestras almas, nos enseña la caridad, cura nuestra ceguera espiritual, abre nuestros ojos a las cosas de Dios, toma nuestra voluntad para que no caigamos cautivos de las pasiones y nos perfecciona amoldándonos a Cristo³³.

4. EL ENCUENTRO CON DIOS Y NUESTRA RESPUESTA

ÉL, PRIMERO

El hombre a lo largo de su vida se encuentra con Dios, y lo conocemos cuando descubrimos que Él nos conoce. La experiencia de Dios es un maravillarse de que Él nos tiene en su mente, y no podríamos buscarle si Él no nos estuviera buscando a nosotros. Podemos empezar a buscarlo en la desolación, no sintiendo otra cosa que Su ausencia, pero el mero hecho de buscarlo demuestra que ya Lo hemos encontrado. Esta experiencia de Dios es una experiencia de contacto con el Espíritu Santo y con Cristo, el Dios Vivo, que nos *transforma*, y Lo descubrimos si nos dejamos transformar por Él. Escribe TM: «¿Cómo empezaremos a conocer Quién eres, si no empezamos a ser algo de lo que Tú eres? ¿Cómo empezaremos a conocer que eres bueno si no dejamos que nos hagas buenos? ¿Cómo podremos evadir el conocimiento de que eres bueno, si nadie puede impedirte hacernos el bien que quieres?»³⁴. Sólo llegaremos a conocer a Dios cuando lo encontremos escondido por amor en nosotros mis-

³² Recogido en HN, 129.

³³ HN, 127-130.

³⁴ HNI, 214-215.

mos. Y esto sólo lo lograremos si salimos fuera de nosotros por medio del sacrificio. Sólo un amor que nos vacíe de nuestra voluntad, puede hacernos capaces de encontrar a Cristo en el lugar antes ocupado por nuestra individualidad³⁵.

El hombre siente entonces la necesidad de confiar en Cristo, de abandonar toda su vida en sus manos y ésta es la auténtica fe, aunque la fe también es asentimiento intelectual, creemos porque queremos creer. Al tiempo la fe es un don de Dios, que perfecciona nuestra mente y la lleva a la Verdad que la razón no puede captar. Nadie puede creer si no recibe de Dios la luz verdadera, un impulso de fe en la mente y la voluntad. La fe nos pone en contacto con Dios en comunión de voluntades, y por ella recibimos a Dios y aceptamos Su Verdad, porque proviene de Él. Y si nada de lo que se ve y se oye es Dios, tampoco nada de lo que se entiende, tenemos que entrar en la *tiniebla* y el *silencio* para encontramos con Él. Esta aceptación de Dios por la fe es la base de la vida espiritual y de nuestra transformación. La fe no es mera conformidad con unas verdades, sino *vida* que abarca a todo nuestro ser y penetra en nuestras profundidades donde Dios está presente y revela al hombre a sí mismo³⁶.

Pero sin *esperanza* la fe sólo nos da conocimiento de Dios, y sin amor y esperanza conocemos a Dios como un extraño. Es la esperanza la que nos arroja en los brazos de la misericordia y la providencia divina. Y si esperamos en Dios, no sólo conocemos que es misericordioso, sino que lo experimentamos. La esperanza nos lleva a poseer a Dios sin sentir su presencia, y entonces todas las verdades de fe se convierten en asunto de convicción personal e íntima. Despoja al hombre de todas las cosas para darle la posesión de todo. La *esperanza* es proporcional al desprendimiento, y nos lleva al perfecto desprendimiento. Es un don de Dios y a su vez un acto libre de nuestra voluntad. Y el alma que espera en Dios, es porque Dios ya le pertenece, aunque estemos unidos a Él en la oscuridad, pues todavía tenemos que esperar; esperar en Dios que es esperar en Su amor³⁷.

³⁵ HNI, 206-208.216.

³⁶ NSC, 141-151. T. MERTON, *Vida y santidad*, Herder, Barcelona 1964, 105-121, del original *Life and Holiness* 1963, trad. J. Vallverdú Aixalá, VYS1. Este mismo libro con la misma traducción se ha vuelto a reimprimir por Sal Terrae, Santander 2006, VYS2, 85-97.

³⁷ HNI, 30-38.

Y sin *amor y compasión* por los otros, nuestro aparente amor a Dios es una ficción. La vida de crecimiento en Cristo tiene que ser una vida de *caridad*, que nos lleve a trabajar para establecer el Reino de Dios en la tierra, y a edificar el Cuerpo de Cristo como instrumentos del amor a Dios. Tenemos que comunicar la vida de Cristo a otros por medio del Espíritu Santo. Y el hombre experimenta la auténtica misericordia ejerciéndola, y así Dios propaga Su misericordia en el mundo. La verdadera caridad implica una profunda preocupación por las necesidades de los hermano, y la necesidad más perentoria es de amor, pero la caridad deja de ser real si no va unida a la preocupación por la justicia social. La caridad busca el mayor bien y trae la concordia y la paz verdadera, y no tiene temor, pues habiendo dado todo lo que tiene, no le queda nada que perder, y es perfectamente libre³⁸.

VOLUNTAD DE DIOS

La espiritualidad de Jesús está basada hacer la *voluntad del Padre*, y esto mismo debe ser para el cristiano, una voluntad divina que se manifiesta en el mandamiento del amor. El cristiano es un miembro del Cuerpo de Cristo, y la voluntad de Dios está relacionada con la dependencia de unos con otros. Su voluntad es que todos nos salvemos y que todos cooperemos en la salvación y santidad de los demás. Y para esto necesitamos voluntad de *servir*, como Cristo vino a servir. Cristo es el único santo y a través de Él la santidad de Dios se comunica y revela a toda la creación. La Santidad cristiana se basa en la unión con Dios en Cristo, y todo fruto espiritual en nuestra vida, depende de esta unión obrada por el Espíritu Santo, y sólo desde esta unión podremos llevar una vida de virtud y caridad. Somos santos con la santidad de Cristo, *Cristo es nuestra santidad*, la perfección cristiana no es un logro del que podamos gloriarnos los humanos, es un don de Dios, y nuestros esfuerzos deben ir encaminados a eliminar todos los obstáculos para la unión con Él: egoísmo, desobediencia y el apego a todo lo contrario al amor de Dios. La santidad tiene su expresión más plena en la Cruz de Cristo. Una cruz que significa la muerte a nuestro ser diario para vivir en un nivel nuevo. Nuestro camino de perfección tiene que ser un camino de amor, gratitud y confianza en Dios, asumiendo nuestros fallos y limitaciones, que quedan

³⁸ HNI, 21-29.152-162; VYS1, 125-134; VYS2, 99-106.

sometidos a la acción purificadora y transformadora del Salvador. La santidad está basada en el amor a Dios que nos lleva a servirle, a conocerle, a comulgar con Él en la oración y a abandonarnos en Él en la contemplación³⁹.

Nuestra principal preocupación no debiera ser encontrar el éxito, placer, salud, vida, dinero, descanso, ni siquiera sabiduría y virtud, y mucho menos sus contrarios: sufrimiento, fracaso, enfermedad o muerte. En todo cuanto suceda, nuestro único deseo, nuestra única alegría debiera ser, saber que esto es lo que ha querido Dios para nosotros. En esto se encuentra Su amor, y al aceptarlo podemos devolverle Su amor y darnos con amor a Él, pues dándonos encontraremos a Aquel que es la vida eterna. Si consentimos a Su voluntad con gozo y la cumplimos con alegría, tendremos Su amor en el corazón, porque entonces nuestra voluntad sería igual a Su amor, y nos convertiríamos en lo que Él es, en el Amor mismo. Y al aceptarlo todo de Él, recibimos la alegría en nuestra alma porque Dios es Quién es⁴⁰.

Y TM ora al Señor diciendo:

«Dios y Señor mío, no tengo idea de adónde voy.

No veo el camino que se abre ante mí. No puedo saber con certeza dónde terminará.

Tampoco me conozco realmente a mí mismo, y el hecho de pensar que estoy cumpliendo Tu voluntad, no significa que la esté cumpliendo realmente.

Pero creo que el deseo de agradarte, de hecho realmente te agrada, y espero tener ese deseo en todo cuanto haga.

Espero no hacer nunca nada que se separe de ese deseo, y sé que si lo hago así, Tú me llevarás por el camino recto, aún cuando puede que yo no lo sepa.

Por eso confiaré siempre en Ti aunque parezca estar perdido y en sombras de muerte, y no he de temer pues Tú siempre estás conmigo y jamás vas a dejarme solo ante el peligro»⁴¹.

³⁹ VYS1, 54-62; VYS2, 48-55.

⁴⁰ NSC, 39-40.

⁴¹ T. MERTON, *Pensamientos en la soledad*, Lumen, Buenos Aires 2000, 69, según el original *Thoughts in Solitude*, 1858, trad. Miguel Grindberg.

5. LA VIDA INTERIOR

EL «YO» FRAGMENTADO

Según TM, uno de los problemas que tiene el hombre actual es que no está unificado, sino dividido en numerosos compartimentos distintos, pensamientos, deseos, voluntad. Lo primero que tiene que hacer el hombre es buscar su unificación, de tal forma que cuando digamos «yo», haya alguien perfectamente definido que responda a ese pronombre personal. Normalmente cuando el hombre dice «yo creo», lo que está diciendo es que cree lo que dice una colectividad que se esconde detrás de sí mismo. Incluso decir «yo deseo», a veces, es simplemente aceptar aquello que te han impuesto. Y hay hombres que han perdido su propia subjetividad aunque digan «yo» con una intensa agresividad. Este «yo» no es el que puede estar ante la presencia de Dios, y tratarle como a un auténtico Tú. Ese hombre nunca será un contemplativo, y su mirada interior, narcisista, le llevará a una experiencia de sí mismo aunque crea que es una experiencia de Dios⁴².

En el hombre existen dos «yo» distintos. El «yo exterior», que manipula a las cosas, a los otros y a Dios, y el «yo interior», el yo verdadero, que es una fuente de conocimiento de Dios⁴³. El «yo interior» es una espontaneidad libre a la que no se puede engañar ni manipular, y sólo se muestra cuando el hombre se encuentra en calma y en silencio. Nada ni nadie puede seducirlo, pues sólo responde a la atracción de la libertad divina. No es una parte de nuestro ser, sino nuestro propio ser, el nivel más elevado, personal y existencial que pueda darse. Es la vida misma, nuestra vida espiritual, cuando rebosa vida que sustenta y mueve todo cuanto hay en nosotros. No es algo que tenemos, es algo que somos, es

⁴² T. MERTON, *La experiencia interior*, Oniro, Barcelona 2004, 24-26, del original *The Inner Experience. Notes on contemplation*, 1959, trad. Nuria Martí. El.

⁴³ Jesús en su predicación habla del *interior* y de lo *exterior* del hombre (Mt 7,15. 23,25; Lc 11,39-40). De dentro del corazón del hombre salen los malos pensamientos y las malas intenciones, la envidia, la soberbia, la insensatez (Mt 12,34.15,11; Mc 7,21). Pablo también distingue al hombre exterior, marcado por su caducidad, del hombre interior, que se renueva cada día con la fuerza del Espíritu Santo (2Co 4,16-18). Pablo en su interior se complace en la ley de Dios, y sin embargo se siente acosado por una fuerza de pecado que actúa dentro de él, tal que no hace lo que quiere sino lo que aborrece (Rm 7,15-23). Para Pablo solamente con la fuerza del Espíritu Santo, podremos crecer interiormente (Ef 3,14-16).

una cualidad indefinible de nuestro ser, tan secreto como Dios y que como Él, elude cualquier concepto que trate de penetrarle por completo. El «yo exterior» es el que vive una vida secular frenética, no sagrada. Una vida que trata de evitar el miedo a la muerte a través del escapismo, la novedad, la variedad, la búsqueda de nuevas satisfacciones, que nunca le sacian, y le dejan decepcionado. En estas condiciones el hombre está alienado, sin libertad pues está sujeto a muchas necesidades, y por tanto al desasosiego, la insatisfacción, la angustia, el miedo, y sobre todo a un sentimiento de culpa por no ser fiel a su auténtico yo. Y así el hombre se hunde cada vez más en la falsedad de su yo exterior, siempre dependiendo de la *diversión*. En esta vida así vivida se hace una gran exaltación de la *libertad* del hombre, una libertad que no es más que una gran esclavitud por la cantidad de cosas a las que el hombre está encadenado. El hombre está alienado y deja de ser persona, quedando sujeto a aquello que es inferior y exterior a él. Y para huir de este sentimiento, el hombre se hunde más en la falsedad de su yo exterior. Pero el hombre es imagen de Dios, y cuando entra dentro de sí y trasciende su propio yo, se encuentra con el Yo Soy del Todopoderoso⁴⁴.

El yo interior se despierta por obra del *amor*, y no puede existir amor si no hay otro a quien amar. Nuestro yo más profundo no sólo ama a Dios, sino también a los hermanos, con un amor guiado por el Espíritu de Cristo que busca más el interés de la comunidad que el interés de la persona o sus placeres transitorios. Sólo llegaremos a nuestro yo más profundo cuando tengamos libertad espiritual, y entonces será el momento de ponerlo al servicio de los demás. Cree TM que la contemplación es la que consigue el despertar de Cristo en nosotros, la instauración del Reino de Dios en nuestro yo más íntimo, y esto es el despertar del yo interior⁴⁵.

SOLEDAD

El yo interior, nuestro yo verdadero, sólo llega a su madurez a través del vacío y la soledad, una soledad unida al mundo en una auténtica existencia social. En esta soledad aprendemos que somos Uno con Dios y en ella encontramos verdad, fuerza, luz y sabiduría, mientras que la ausencia de soledad nos lleva a la confusión. El auténtico solitario es el que

⁴⁴ EI, 27-28. 34. 41. 81-84.

⁴⁵ EI, 49.62.

huye de la diversión por la diversión, y está llamado a tomar una decisión difícil: la de discrepar de aquellos que imaginan que la llamada a la diversión y al autoengaño es la voz de la verdad. Para esto el hombre tiene que enfrentarse a todo su misterio en presencia de Dios. En esta soledad interior, el ser humano se hace responsable de su vida interior y descubre que Dios vive en él y él en Dios. Este hombre tiene una vocación misteriosa y aparentemente absurda de unidad sobrenatural, busca en sí mismo una unidad simple y espiritual, y cuando la encuentra, se convierte en unidad de todos los seres humanos, una unidad más allá de la separación, el conflicto, el cisma. La soledad no es aislamiento o introversión, pues nuestro yo interior no puede estar aislado del mundo. La verdadera soledad es la interior, que no es separación del mundo. Y para llegar a ella hay que aceptar nuestra auténtica situación en relación a los otros. Dios nos ha dado talentos y virtudes, no sólo para nosotros mismos, sino para todos, miembros del Cuerpo de Cristo. Y entender esto nos hace humildes. El solitario simplemente está llamado a renunciar a toda ilusión cómoda, para ser leal a Dios, y el precio de esta fidelidad es la humildad, un vacío en el corazón, en el que no tiene cabida la presunción, la soberbia o el egoísmo. Pero si el solitario no está vacío e indiviso en lo más profundo de su ser, no será más que un individualista, en el que su inconformismo no es más que un acto de rebeldía: la sustitución de los ídolos e ilusiones preferidas de la sociedad, por los suyos propios. El individualismo es el mayor de los peligros, es futilidad y locura que sólo lleva a la ruina⁴⁶.

Escribe TM: «El hombre solitario es *feliz*, aunque nunca se divierte. Sabe adónde va aunque no está seguro del camino, pues sólo lo sabe recorriéndolo. No conoce la ruta por adelantado y cuando llega, llega. Unas llegadas que habitualmente son salidas de lo que parece un «camino», que no puede comprenderse. El hombre en este estado sólo posee su soledad, su pobreza interior y la riqueza de su vacío, pero no es posesión, está ahí, es ineludible. Un vacío que contiene a Dios, le rodea y le sumerge en Él. Y tan grande es su pobreza que ni siquiera ve a Dios, y tan grande es su riqueza que está perdido en Dios y perdido para sí mismo. Nunca está lo bastante lejos de Dios para verle en perspectiva o como un objeto, simplemente está absorto en Él. Este hombre es feliz en su soledad y no se considera un solitario, en oposición a los que real-

⁴⁶ CD, 120-123. 144; NSC, 75.

mente lo son, pues tiene a Dios... Y esta soledad que a veces es espantosa, y a veces una carga, es más preciosa para él que cualquier otra cosa, pues es la *voluntad de Dios*»⁴⁷.

La soledad verdadera está basada en la humildad, y la soledad falsa en la soberbia y el egoísmo. La soledad verdadera es rica en silencio, caridad y paz, no es egoísta y está abierta a los otros en generosidad. La soledad falsa separa de los otros y concentra a la persona en sí misma. Estas personas solitarias no han aprendido a amarse a sí mismos, ni a los demás, y terminan en un estado de indignancia, miseria, ceguera, tormento y desesperación. Por el contrario la verdadera soledad separa al hombre de los demás con el objeto de que pueda desarrollar su ser y cumplir su destino al servicio de los otros. Es la soledad de la caridad que busca la pobreza, y no quiere nada pues sabe que todo es de Dios. La soledad verdadera no nos separa de las cosas buenas de la vida ni de los otros, porque ya no busca poseerlos por lo que son, y al no desearlos, no teme amarlos, y entonces libre de temor, está libre de amargura. El verdadero solitario reconoce que está obligado a amar a los otros y a las cosas creadas por Dios, y sabe que este amor es su soledad. Y no habrá auténtica soledad verdadera sin esperanza que nos saque de este mundo; estamos en el tiempo y fuera de él, y somos pobres sin tener nada que cuidar, ni temer, ni perder. Vivimos donde nuestra alma desea estar y el cuerpo ya no importa. Nuestra vida está sepultada con Cristo en Dios, y es entonces cuando conocemos el significado de la libertad de Dios⁴⁸.

El verdadero solitario no renuncia a nada que sea humano y básico en su relación con los «otros». La verdadera soledad no es mera separación, pues tiende a la *unidad* con los otros, porque el hombre es la imagen del Dios Uno. Esta unidad implica soledad y la necesidad de estar físicamente solo, pues es necesaria la soledad en nuestros días, cuando la colectividad tiende a engullir a la persona en su masa sin forma ni rostro. La verdadera soledad es el hogar de la persona, la falsa soledad es el refugio del individualista. Hay que ir al desierto, no para huir de los hombres, sino para encontrarlos en Dios. Los hombres y mujeres tenemos una gran capacidad de amar y de solicitud por los seres creados, pero sin un cierto grado de soledad no puede haber compasión. Si el hombre se pierde en la rueda de la máquina social, no se puede sentir responsable

⁴⁷ CD, 140-141.

⁴⁸ HNI, 221.225; NSC, 72.

de las necesidades humanas. Este hombre es el que está auténticamente solo y perdido en una muchedumbre en la que no vive en comunión. El hombre masa tiene poco que comunicar, es el solitario el que tiene muchas más cosas que decir, no porque utilice muchas palabras, sino porque lo que dice es nuevo, sustancial, único, es propio sólo de Él. Tiene algo que comunicar a los demás, algo personal que compartir, algo real que dar, porque él mismo es real. Y la persona es auténticamente humana si vive en comunión y mantiene un diálogo auténtico con los otros. Vivir en medio de los otros y no compartir nada más que el ruido común y la distracción general, aísla a la persona, la separa de la realidad, la divide y la aleja de los otros y de su verdadero yo⁴⁹.

El cristiano está en el mundo, pero no es del mundo, y para que no nos olvidemos de ello tienen que existir personas que renuncien completamente al mundo. Hoy en día cuando el «mundo» se encuentra en todas partes, incluso en el desierto, el solitario, que ha renunciado a él, mantiene su función única y misteriosa, y dondequiera que esté se sabe unido a todos los cristianos por medio del Espíritu Santo. Estos hombres son capaces de esta soledad, como los primeros ermitaños que fueron al desierto, porque están completamente vacíos de sí mismos. La vocación de soledad es una vocación de silencio, pobreza y vacío al mismo tiempo, un vacío que tiene como fin la plenitud o si se quiere la contemplación. Una contemplación que no es como la iluminación pagana, lograda por medio de una técnica ascética, la contemplación cristiana es la conciencia de la misericordia divina que transforma y eleva nuestro vacío y lo convierte, en la presencia del Amor perfecto, en la perfecta plenitud. El ermitaño cristiano puede estar más cerca del corazón de la Iglesia, que alguien que esté en plena actividad apostólica, pues la vida de oración invisible y misteriosa es esencial a la Iglesia, lo mismo que lo son los solitarios, que se separan de los demás por una forma especial de amor, no por rechazo. Siempre han existido estos hombres que han abandonado su vida activa para entrar en el desierto, que puede no ser un lugar aislado, sino que puede encontrarse en medio de los hombres. Y estos hombres que han sido designados misteriosamente por Dios, se caracterizan por una *pureza* especial y una gran *simplicidad* de corazón⁵⁰.

⁴⁹ NSC, 71-73.

⁵⁰ CD, 130-131.

PUREZA DE CORAZÓN

La verdadera soledad va unida a la *pureza de corazón*, al desapego a las cosas del mundo, a los falsos valores de este mundo, y a la confianza en nuestra propia voluntad. Esta pureza de corazón nos lleva a la unión con Cristo, que es la Verdad que nos hace libres. Y es la *renuncia cristiana* la que nos ayuda a encontrar la auténtica felicidad eliminando de nosotros el egoísmo, el orgullo, la autocomplacencia, pues en ellos no hay libertad, sino cautividad. Y para esto tenemos que adentrarnos en el misterio de la pasión del Señor, que nos dice: «Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»⁵¹.

Hay que ir a la soledad no sólo con el silencio de las palabras, sino también con el silencio del corazón, el silencio de todos los deseos desordenados que nos abre las puertas a Dios para que podamos vivir solo en Él. Entonces es el Señor el que nos habla, con un silencio profundo escondido en medio de nuestro yo. Este silencio de Cristo lo recibimos cuando pronunciamos con el corazón la palabra de la fe, una fe que puede despertar el silencio de Cristo en el corazón de los que nos escuchan, y que así empezarán a guardar silencio, a reflexionar y a escuchar, porque habrán comenzado a descubrir su «yo verdadero». El silencio es la fuerza de la vida interior, y entra misteriosamente en la composición de todas las virtudes y las preserva de la corrupción. Las virtudes tienen que ser silenciosas, pues tienen su raíz en Dios, y sin silencio son pasajeras, sólo ruido exterior. Solamente si llenamos nuestra vida de silencio viviremos en *esperanza* y Cristo vivirá en nosotros; si no nuestra vida se desperdiciará en palabras inútiles y no oiremos a Cristo, que habla y vive en las profundidades de nuestro corazón, en el silencio. El hombre que ama a Dios, ama también el silencio, y encuentra momentos en los que orar como si fuera la primera vez. En el silencio se aprende a discernir, y los que huyen de él, viven en la confusión⁵².

Pero para llegar a la pureza de corazón y al silencio interior se necesita la renuncia cristiana que no quiere dominar nuestra vitalidad natural, sino prepararnos para que el Espíritu Santo saque lo mejor que hay dentro de nosotros. La finalidad de la renuncia es dar paz al alma turbada por preocupaciones, dolores, y fatigas que acompañan a las afec-

⁵¹ NSC, 101-104.

⁵² HNI, 229-232.

ciones desordenadas. El ascetismo es el principal enemigo de las preocupaciones, porque arranca toda planta en la que crecen frutos de angustia, y el asceta verdadero será un hombre tranquilo y feliz. El verdadero ascetismo es el que está guiado por el Espíritu Santo, y se caracteriza por su equilibrio e intensidad. Cristo no admite división, y el que no está con Él, está contra Él. Dios nos pide que le demos todo y esto significa: usar a las criaturas sólo para Dios. El auténtico asceta ordena su vida con la guía directa del Espíritu Santo, de modo que descansa cuando tiene que descansar y trabaja a su tiempo, y así ora constantemente a través de todo, con una sencilla y amorosa mirada que guarda su corazón y su mente en la Santísima Trinidad. Y este sacrificio de nuestra voluntad es más grato a Dios, si se trata de renunciar a un bien individual privado en pro de un bien más alto compartido⁵³.

Escribe TM: «El ascetismo más seguro es la amarga inseguridad, el trabajo y la nada de los verdaderos pobres. Es depender por entero de los demás, ser despreciado, ignorado y olvidado. Es no conocer la respetabilidad o la comodidad. Es recibir órdenes y trabajar duro por poco o nada. Esta es una ruda escuela que la mayoría de las personas piadosas tratan de evitar a toda costa. Pero la miseria por sí sola no es el camino hacia la unión contemplativa. Se necesita un cierto grado de seguridad económica para proporcionar un mínimo de estabilidad, sin el cual es difícil llevar una vida de oración. Pero el contemplativo también debiera compartir algunas de las privaciones de los pobres»⁵⁴.

6. VIDA CRISTIANA Y ORACIÓN: LA CONTEMPLACIÓN, CIMA DE LA VIDA ESPIRITUAL

ORACIÓN

«Orad en todo momento» (1Ts 5,17) dice la Escritura, palabras duras, pues son un mandato, y es así porque la oración es tan importante para la vida interior, como la respiración lo es para el cuerpo. Lucas narra cómo la vida de Jesús se realiza en un clima de oración, porque «debemos orar sin desfallecer» (Lc 18,1). Es por medio de la oración que el

⁵³ Senda, 15-35. HNI, 96-103.

⁵⁴ NSC, 257-260.

hombre se abre al Espíritu Santo que es el que nos llena de amor y nos ayuda para seguir la voluntad divina. Por medio de la oración, el hombre se presenta ante Dios con gratitud, confianza, adoración y arrepentimiento, consciente de que Dios está dentro de él, y de que su fin es la transformación de nuestra mente y nuestro corazón para tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo: obediencia, humildad y total entrega por amor. No es algo que se ejecuta ante un oyente lejano y silencioso, es una actividad de la gracia de Dios por medio del Espíritu Santo que es el que ora en nosotros. La oración no es solamente para los religiosos y religiosas, la oración es para todos, y somos los seglares los que más la necesitamos. El caos de la sociedad moderna es el resultado de nuestra indiferencia, es la corrupción de un cuerpo muerto que ha perdido su vida de oración. La luz de Dios ilumina a todos los hombres, pues todos los hombres hemos sido llamados a la santidad, a la unión con Dios, al amor y a la perfecta felicidad. Pero los hombres descuidamos la gracia concedida, y los medios que Dios nos da para este fin, como la oración que es el primero y fundamental⁵⁵.

La oración la inspira Dios en el fondo de nuestra insignificancia. Es el movimiento de confianza, gratitud, adoración, arrepentimiento que nos pone ante Dios, viéndole a Él y viéndonos a nosotros mismos a la luz de Su verdad infinita; es el impulso que nos mueve a pedirle misericordia, fortaleza espiritual y la ayuda material que necesitamos. El hombre que no pide nunca nada a Dios no sabe quién es Dios y quién es el hombre, porque no sabe cuánto necesita a Dios. Toda oración verdadera confiesa la absoluta dependencia humana del Señor de la vida y de la muerte. La oración es un contacto vital y profundo con Aquel a quien conocemos, no sólo como Señor, sino como Padre, y cuando oramos verdaderamente es cuando realmente *somos* y alcanzamos nuestra más alta perfección. Cuando dejamos de orar volvemos a caer en la nada, estamos dormidos o muertos, puesto que la razón principal de nuestra existencia es el amor y el conocimiento de Dios. Hay diversos niveles de atención en la oración, así la oración con los labios, en la que no se aprecia la gracia de poder hablar con Dios, pero la verdadera oración es la que conduce la mente y el corazón hacia Dios, y cuando Lo amamos y gustamos de Su infinita misericordia, es cuando conocemos que somos hijos de Dios. Se puede recibir un gran consuelo de Dios, y este consuelo puede pasar a temor en un

⁵⁵ Senda 41-47.

momento de angustia, que es un momento de *conversión*, entonces somos conscientes de la imperfección y presunción de nuestro amor a Dios. Y el hombre que con paciencia puede enfrentarse a esta sequedad y abandono, y no pide más que hacer la voluntad de Dios, es el que penetra en la oración más pura: la contemplación⁵⁶.

La oración es una actividad espiritual que ocupa las facultades más elevadas de nuestra alma, y debe ser un acto de amor sincero. Cuando rezamos bien ejercitamos nuestra inteligencia y trabajamos con la voluntad, y cuanto más oración hacemos más fortalecemos estas facultades. Y puesto que el cuerpo y el alma del hombre forman una unidad vital individual, no podremos elevar nuestra inteligencia y voluntad a Dios, sin consagrarle nuestro cuerpo y el trabajo de nuestras manos; y si nuestro trabajo pertenece a Dios también Le consagramos todas aquellas cosas y personas con las que trabajamos, y así santificamos todas las cosas y hacemos entonar a todo el mundo un himno de alabanza a Su Creador⁵⁷.

Además, la oración cristiana tiene que ser una expresión plena de toda la necesidad religiosa del alma humana. El hombre es un ser individual y al tiempo un miembro del Cuerpo Místico de Cristo, y el hombre está empujado a Dios desde sus dos facetas, por lo que tan importante es la oración privada como la oración pública en la liturgia y en los cultos propios de cada cultura, a través de la Iglesia. La Iglesia, con las enseñanzas de Jesucristo, los sacramentos y los consejos, nos enseña la forma de vivir más perfectamente en Él y por Él. Nuestra santidad no es un asunto meramente individual, sino una cuestión de *crecimiento en Cristo*, guiados interiormente por el Espíritu de Cristo y formados por la Iglesia visible que nos ayuda a profundizar en nuestro contacto con Él y en nuestra participación en el Cuerpo Místico de Cristo. La Iglesia no es puramente una organización humana, sino que a semejanza de Cristo vive y actúa de una forma a la vez humana y divina. La verdadera naturaleza de la Iglesia es la de un Cuerpo formado por todos sus miembros en el que cada uno conlleva las cargas de los demás. Un Cuerpo a través del que el Redentor todopoderoso, de una forma infalible, santifica, guía, nos instruye, y expresa su amor al mundo. Y la acción más santificadora para un cristiano es recibir a Cristo en el misterio eucarístico, en el que se participa místicamente en la muerte y resurrección de Cristo, que nos hace Uno en Él,

⁵⁶ HNI, 53-60.

⁵⁷ Senda, 49-54.

en espíritu y verdad. Es a través de la fe y de los sacramentos como participamos en la vida de Cristo, es entonces cuando el misterio cristiano se opera y se completa en nosotros por medio del rito sacramental de la Iglesia⁵⁸.

CONTEMPLACIÓN

La contemplación es la unión de nuestra mente y nuestra voluntad con Dios en un acto de amor que nos permite entrar en contacto con Él. Es la más alta expresión de la vida intelectual y espiritual del hombre. Es la vida misma, pero activa y consciente de que está viva, es prodigio espiritual y espontáneo temor reverencial ante el carácter sagrado de la vida del ser, es gratitud por la vida, el conocimiento y el ser, es comprensión profunda de que en nosotros la vida y el ser proceden de una Fuente invisible. La contemplación es, por encima de todo, la conciencia de la realidad de esa Fuente, a la que conoce de una manera oscura e inexplicable, pero con una certeza más allá de la razón y la fe, *conoce* sin ver y sin conocer y más allá de «todo saber» o «no saber». Es una muerte a nosotros mismos por amor a la vida, que nos hace abandonar todo lo que podemos conocer o atesorar como vida, conocimiento, experiencia, gozo, ser, para entrar en una vida más elevada. La contemplación tiende al conocimiento y a la experiencia de Dios trascendente e inexplicable. Conoce a Dios porque parece que Lo toca, Lo conoce como si hubiera sido invisiblemente tocado por Él. Tocado por Aquel que no tiene manos, pero es la Realidad pura y la fuente de todo lo que es real. Es un repentino don de toma de conciencia del Ser infinito que es la raíz de nuestro ser limitado, una comprensión de nuestra realidad contingente recibida como un don gratuito de Su amor. La contemplación es también la respuesta a una llamada: una llamada de Aquel que no tiene voz, y sin embargo habla en todo lo que existe, y sobre todo en las profundidades de nuestro propio ser, ya que nosotros somos sus palabras destinadas a responderle. Es una resonancia en nuestro centro más íntimo, donde nuestra vida pierde su voz autónoma y resuena con la majestad y la misericordia del Dios Vivo y escondido. Es el don de Dios que en Su misericordia, completa la escondida y misteriosa obra de la creación en nosotros, iluminando nuestra mente y nuestro corazón. Nuestra vida natural queda completa-

⁵⁸ VYS1, 79-83.89-94; VYS2, 67-71; 74-79.

da, transformada, elevada y consumada en Cristo por obra del Espíritu Santo, que nos lleva a decir: «Ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mí»⁵⁹.

La contemplación es la *obra del Espíritu Santo* que actúa en nuestras almas, a través de Sus dones de sabiduría y entendimiento, con una intensidad especial para aumentar y perfeccionar nuestro amor por Dios. Estos dones se nos conceden en el bautismo, y si son concedidos es porque deben ser aumentados, siempre por la gracia libre de Dios, aunque la Providencia divina considera conveniente que unas personas desarrollen estos dones más que otras, quizás en función de nuestro deseo de recibirlos, y por nuestra colaboración con la gracia. El Espíritu Santo no se manifiesta a los hombres mundanos que no desean conocerlo, y no puede haber deseo de Dios sin un mínimo conocimiento de Él. La contemplación supone amar a todos los seres como a nosotros mismos, y descansar en *humildad* y en *paz* lejos de la censura, la crítica, y la opinión; es tener una voluntad dispuesta a *recogerse* sobre sí misma y a llevar las potencias del alma a reposar sólo en Dios, y a reunir todo lo que somos, tenemos, sufrimos, para hacer Su santa voluntad. La contemplación es un poderoso medio de *santificación*, aunque no lleve consigo ningún fenómeno sobrenatural como éxtasis, raptos, estigmas, que pertenecen a un orden de cosas distinto, y no pueden conducir a la santificación de quien los recibe. Es la obra del amor y no hay nada más efectivo para aumentar nuestro amor a Dios. La *contemplación infusa* está íntimamente unida al amor más puro y más perfecto a Dios, y a un conocimiento profundo de Él a través de esa unión de amor. Un conocimiento de Dios, que los que no han recibido este don, sólo tendrán cuando lleguen al cielo. Todos podemos pedir este don por medio de la oración, y sólo hay una condición, que dejemos nuestro deseo de las cosas para llegar al único Bien en quien está nuestra alegría, y en quien recobramos todo aquello a lo que habíamos renunciado. El don de la contemplación no es para los que están distanciados de Dios, ni para los que limitan su vida interior a unos rutinarios ejercicios de piedad y de cultos realizados por obligación. En todas estas personas su corazón no pertenece a Dios, no están interesadas por Él, aunque hagan lo posible por asegurarse el cielo. Sus mentes y sus corazones están llenos de ambiciones, problemas, comodidades, placeres, intereses mundanos, ansiedades y temores⁶⁰.

⁵⁹ NSC, 23-27.

⁶⁰ Senda, 88-90.

Pero no se puede encontrar a Dios si no se es capaz de salir de uno mismo, de vaciarse y darse a otras personas. No se puede encontrar a Dios si uno se repliega sobre sí mismo, aislándose de todas las realidades externas. Sólo poseemos a Dios cuando Él invade nuestro corazón con Su luz y Su fuego infinitos. Y cuanto más nos identificamos con Cristo más nos identificamos con aquellos que se identifican con Él. La perfección de la vida contemplativa se consigue cuando un mar de amor se extiende a través del Cuerpo de todos los elegidos. Cuantos más son los que están unidos en el Amor, mayor es la *alegría* de todos reconociendo a Dios en cada uno de los otros. El amor viene de Dios y nos reúne en Dios y a Él retorna a través de todos nosotros. Y cuando el amor de Dios está en cada uno de nosotros, Dios puede amarnos a través de cada uno de nosotros. Y para llegar a esta *perfección de amor*, que es la contemplación de Dios en su gloria, es necesario dejar que el amor de Dios purifique nuestras individualidades egoístas, para fundimos en la totalidad de la *perfecta unión*⁶¹.

Cada momento de nuestra vida siembra en nosotros semillas de perfección y contemplación, que no son sino la voluntad de Dios, y estas semillas tienen que madurar para dar fruto, y para esto tiene que haber un diálogo ininterrumpido de *amor* con Dios. Muchas de estas semillas perecen y se pierden, porque los hombres no estamos preparados para recibir las; las semillas sólo pueden brotar en la tierra buena de la libertad, la espontaneidad y el amor. Estas semillas son nuestra propia identidad, realidad, felicidad y santidad. Y no aceptar la voluntad de Dios es rechazar nuestra plenitud y nuestra existencia. Nuestra naturaleza es buena en sí, pero tendemos a mantener en nosotros viva la *ilusión* que se opone a la realidad de que Dios vive dentro de nosotros. Hemos nacido egoístas y egocéntricos y esto es debido al pecado original. Incluso cuando queremos agradar a Dios, tendemos a satisfacer nuestra ambición que es la enemiga de Dios. Hasta el deseo de contemplación puede ser impuro si olvidamos que la verdadera contemplación significa la destrucción de nuestro *egoísmo*, que lleva a la pobreza y a la limpieza de corazón. Sólo podremos llegar a la unión con Dios si nos vaciamos de todo apego exterior, si nos alejamos de la ilusión, el placer, los deseos mundanos, de la gloria que sólo es ostentación humana. Hay que mantener la mente libre de confusión a fin de que nuestra libertad pueda estar a disposición

⁶¹ NSC, 82-85.

de Su voluntad. Hay que guardar silencio en el corazón para escuchar la voluntad de Dios, y cultivar la libertad intelectual para recibir el secreto contacto de Dios y de Su amor⁶².

ORACIÓN MENTAL Y CONTEMPLACIÓN ACTIVA

Para llegar a la contemplación se necesita un camino de preparación y perfeccionamiento de la mente y la voluntad, por medio de la gracia y del conocimiento de Dios, en la *oración mental*⁶³. La oración mental nos recoge de nuestras actividades y preocupaciones de cada día, y nos hace conscientes de la presencia de Dios en nosotros y de Su amor, que nos mueve a un mayor amor. Distingue TM la meditación filosófica, que es la búsqueda de la verdad por la razón y termina en la inteligencia, de la oración mental o meditación religiosa, que nace del amor y no sólo mueve nuestro intelecto, sino también nuestra voluntad, y nos lleva a un mayor amor a Dios. Pero para esto es necesario comprender bien el mensaje cristiano de los textos evangélicos y de la liturgia, a través de la meditación. Su éxito no se mide por las brillantes ideas que se conciben, ni por los sentimientos que experimentan los sentidos externos. Se medita bien si se empieza a comprender a Dios, sin que sea suficiente. La meditación debe llevarnos a nuestra indigencia y nuestra impotencia, tal que cuanto más impotentes nos sintamos tanto más deseemos conocer y amar a Dios. Y sólo cuando se supere el nivel de conocimiento, y se entre en la más oscura tiniebla es cuando más nos estamos acercando a Dios, para lo que es esto es necesario una fe profunda, sinceridad en la oración y humildad⁶⁴.

A través de esta meditación se puede llegar a una forma de *contemplación activa* en la que la persona, con la ayuda de la gracia y con sus razonamientos, se acerca a Dios con amor. Todos los medios de la vida

⁶² EI, 79-81: NSC, 36-39.63.54-55.

⁶³ Senda, 78. Cita TM a Sta. Teresa para la que la oración mental es «tratar de amistad, estando muchas veces a solas con Quien sabemos que nos ama» (Libro de la Vida 8,5).

⁶⁴ T. MERTON, *Meditación y contemplación*, PPC, Madrid 1999, 48-49, que contiene los escritos de TM: *Spiritual Direction and Meditation*, 1960, y *What is Contemplation?*, 1948, trad. María Luisa Lezcano. Este libro es la reimpresión de uno anterior con la misma traducción editado por la Sociedad de Educación de Atenas, Madrid 1986, en su colección Azenai. Actualmente parte de este libro se ha vuelto a editar como *Dirección Espiritual y Meditación*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2005, trad. María del Carmen Blanco Moreno; NSC, 224-230.

interior se ponen en marcha para comprender y amar a Dios, lecturas, meditación, oración mental, que despiertan y preparan la inteligencia y vuelven el corazón a Dios. Esta contemplación enseña obediencia y humildad, y a buscar a Dios con la voluntad, hace al hombre atento a Dios y a sus deseos, ayuda a pensar en Dios en vez de en el mundo, y a agrandar más a Dios que a gozar de lo mundano, nos enseña a confiar en Dios y a abandonarnos a Él. Según TM esta contemplación debiera ser absolutamente esencial para toda vida cristiana, pues en ella el cristiano aprende a dirigir su vida bajo la mirada de Dios⁶⁵.

Sin embargo, la mayoría de los cristianos, no llegarán a ser puramente contemplativos aquí en la tierra, sin que esto signifique, que aquellos cuya vocación sea esencialmente activa sean excluidos de todas las gracias de una profunda vida interior. Hay muchos cristianos que sirven a Dios con una gran pureza de corazón en una vida sacrificada y activa. Su vocación no les permite encontrar el silencio, la soledad y el sosiego necesarios para quedarse a solas con Dios. Están muy ocupados para servir a los hombres, y sus temperamentos tampoco se prestan a una vida contemplativa, aunque saben cómo encontrar a Dios en cada uno de los momentos de su vida. Viven y trabajan en Su compañía, saben que Dios está dentro de ellos, y sin darse cuenta su humilde oración es tan profunda y tan interior que les lleva a los umbrales de la contemplación. Están mucho más cerca de Dios de lo que pudieran imaginar, por su abandono a la voluntad de Dios en todo lo que hacen y sufren⁶⁶.

UNIÓN CON DIOS

La contemplación pasiva o mística es una intuición nacida del amor. Es un *don* de Dios que trasciende todas las posibilidades humanas del hombre. Y Dios da este don en la medida en la que el hombre esté limpio y vacío de toda afección por las cosas. Esta contemplación se caracteriza por ser luz en la oscuridad que permite conocer desconociendo, pues trasciende los conceptos y sensaciones. Es un contacto con Dios en la oscuridad que proviene de la unión interior con Él. El amor por sí solo basta para la contemplación, y es su fin y su recompensa, pues el mismo acto de amar es la mayor recompensa del amor. La luz infusa sobrepasa

⁶⁵ Senda, 98-99; EI, 92-94.

⁶⁶ Senda, 101-103.

nuestra naturaleza y nuestra mente, flota en la atmósfera de la comprensión de una realidad que es oscura y serena, y que lo incluye todo. No deseamos nada más y el abismo de libertad que se abre en nuestro interior, nos saca de nuestra personalidad y nos introduce en la inmensidad de la libertad, la alegría y en el don de entendimiento. En la contemplación infusa no siempre todo es felicidad, comprensión, alegría, consolación. A veces la paz está escondida bajo el dolor, la oscuridad o la aridez. La presencia de Dios siempre trae al alma paz y fortaleza, pero cuando hemos sido reducidos a la conciencia extrema de nuestra impotencia. En la experiencia se encuentra un especial consuelo en la convicción de que el alma se está dejando guiar por el amor de Dios, y al mismo tiempo se siente una inmensa sensación de impotencia, que produce una especial angustia. En estos momentos sólo la fe, la obediencia y la paciencia serán las guías para avanzar en el silencio⁶⁷.

La luz de Dios actúa sobre un alma debilitada y cegada por sus apegos externos y esta fuerte luz causa dolor. La experiencia de Dios en la contemplación es una contradicción con todo lo que se puede imaginar, pues el fuego del amor de Dios lleva a cabo un despiadado ataque contra el narcisismo del alma apegada a los consuelos humanos. La contemplación infusa tarde o temprano provoca una auténtica revolución interior. La dulzura de la oración desaparece, es imposible realizar meditación, la liturgia es una carga, la mente no puede pensar, ni la voluntad amar. La vida interior se llena de sequedad, oscuridad y dolor, y el alma piensa que por sus muchas infidelidades, su vida espiritual ha llegado a su fin. Pero bajo el sufrimiento se encuentran señales de que Dios está en medio, y de que la sequedad es la purificación que pertenece al orden de la oración infusa. Y detrás de la nube oscura existe una poderosa y misteriosa atracción que sujeta al alma en la tiniebla, con la convicción de que la mayor alegría, paz y plenitud son algo que se pueden encontrar en esa noche silenciosa. El alma se deja guiar por un amor que no comprende, y es entonces cuando es consciente de que ha encontrado al Dios Vivo, que le lleva a una gran turbación al comprender que Dios está allí y Su amor la rodea y la absorbe por todas partes. Su vida a partir de ese momento queda transformada, y no tiene nada más que un pensamiento: amor, sólo Dios⁶⁸.

⁶⁷ EI, 109-114.

⁶⁸ Senda, 105-114.

Y TM ora diciendo:

«Renuncio Dios mío, a mi afición desmedida a la paz, al deleite y a la dulzura de la contemplación, de Tu amor y Tu presencia. Me entrego a Ti para amar tan sólo Tu voluntad y Tu gloria.

Ya sé que si Tú quieres que renuncie a mi manera de desearte, es únicamente para que pueda poseerte de veras y llegar a la unión contigo.

En adelante, intentaré con Tu gracia, no empeñarme en ser “un contemplativo”, en adquirir por mí mismo esa perfección.

En cambio te buscaré sólo a Ti, no en la contemplación ni en la perfección, sino sólo a Ti. Puede que entonces sea capaz de hacer las sencillas cosas que Tú quieres que haga, y que las haga como es debido, con intención pura y perfecta, en el silencio, la oscuridad y la paz más absoluta, escondido incluso de mi propio yo, y libre de mi deletérea estima»⁶⁹.

EPÍLOGO: ÚLTIMOS DÍAS EN LA VIDA DE THOMAS MERTON

Quiero terminar este trabajo con la oración de Thomas Merton en la clausura del Primer Encuentro Espiritual de Calcuta, pocos días antes de su muerte. A comienzos de 1968 había recibido una invitación para ir a Bangkok a una reunión de abades benedictinos y cistercienses para promover la renovación monástica en el mundo, y quería aprovechar para visitar algunos lugares zen en el camino. Antes había recibido otras muchas invitaciones que había rechazado. Y en su diario escribe que «pensaba encontrar en Asia, algo o alguien que le ayudara en su propia búsqueda espiritual»⁷⁰. Hasta el final de su vida TM fue un peregrino en busca de vida interior. Visitó Calcuta, Nueva Delhi, el Himalaya para visitar al Dalai Lama, Madrás, Ceilán y Bangkok, como recoge su diario⁷¹. En Calcuta, el 23 de octubre de 1968, dio una conferencia informal sobre «Visión del monacato», no era lo que tenía preparado ante la gran pobreza con la que se encontró⁷². Participó en la reunión de Bangkok y dio su conferencia el 10 de diciembre de 1968, y ese mismo día murió electrocutado en un acci-

⁶⁹ T. MERTON, *Diálogos con el silencio*, Ed. Jonathan Montalvo, Sal Terrae, Santander, 2005, 39. (Oraciones que TM deja en todos sus libros.)

⁷⁰ T. MERTON, *Diarios (1960-1968)*, Oniro, Barcelona 2001, 251, 9 de septiembre de 1968.

⁷¹ T. MERTON, *Diario de Asia*, Trotta, Madrid 2000. DA.

⁷² DA, 65, 267-269, 24 de octubre de 1968.

dente. Las últimas entradas en su diario son de los días 7 y 8 en los que cuenta sus planes de viaje. En Calcuta le habían solicitado que hiciera la oración de clausura, y puesto en pie pidió que todos se levantaran y unieran sus manos; les hizo ver que estaban tratando de crear un nuevo lenguaje de oración, y que este lenguaje tenía que brotar de algo que trascendiera todas las tradiciones, a través de la mediación del amor. Les dijo: «las cosas que están en la superficie son nada, lo que está en lo profundo es lo real: somos criaturas del amor. Les pido que traten de concentrarse en el amor que hay en ustedes, y que está entre nosotros. No sé exactamente qué decir, voy a guardar un momento de silencio y luego diré algo...

«¡Oh Dios! Somos uno contigo. Tú nos has hecho uno contigo.

Tú nos has enseñado que si permanecemos abiertos unos a otros, Tú moras en nosotros.

Ayúdanos a mantener esta apertura, y a luchar por ella con todo corazón.

Ayúdanos a comprender que no puede haber entendimiento mutuo si hay rechazo.

Oh Dios aceptándonos unos a otros de todo corazón, plenamente, totalmente, Te aceptamos a Ti y Te damos gracias, Te adoramos y Te amamos con todo nuestro ser, porque nuestro ser es Tu ser, nuestro espíritu está enraizado en Tu Espíritu.

Llénanos pues de amor, y únenos en el amor, conforme seguimos nuestros propios caminos, unidos en este único Espíritu que Te hace presente en el mundo, y que Te hace testigo de la suprema realidad que es el amor.

El amor ha vencido, el amor es victorioso. Amén»⁷³.

⁷³ DA, 281.